

abandonarse vagarosa á imágenes y pensamientos más infantiles y bizarros, como si aquellos instantes formaran parte de una hora ociosa y tranquila de la vida habitual. De aquí que columbrando á lo lejos un humilde campanario, pensaba yo: —Hoy es domingo. Las gentes que allí moran se han vestido de fiesta esta mañana, y después de haber dado algunas vueltas por las calles se han dirigido á la iglesia, después de lo cual, tranquilas y satisfechas, se han entregado á sus habituales ocupaciones... Para ellas, el de hoy, es un día como otro cualquiera. ¡Quién sabe si tendrán noticia de lo que aquí ocurre! Y sin embargo, allí hay madres que tienen hijos en el ejército... —Y dejándome llevar por semejantes imaginaciones, veía á todas aquellas mujeres de rodillas en el interior de la iglesia, orando con profundo recogimiento y encendido fervor, y espiaba sus rostros y decía para mí: —Aquella de allá, sí, aquella, es madre de un soldado.—Y cada vez que á mis oídos llegaba el estampido del cañón, veíala temblar y palidecer...

De pronto un sargento que hasta entonces había permanecido sentado muy cerca de mí, se levantó; adelantóse algunos pasos con la frente alta, el rostro sonriente y los ojos mirando á lo lejos hacia las montañas y luego levantó el brazo y señalando con el índice hacia un punto determinado, después de un momento de calma, mirando á los soldados, con voz resuelta y decidida, exclamó: —¡Muchachos! acercaos.—Levantáronse algunos y se agruparon á su alrededor. —Mirad, —continuó, siempre con el brazo extendido y el índice en la misma dirección.—¿Veis allí á lo lejos, aquellas casas y aquellas torres? —¿Dónde, dónde?—preguntaron llegando otros al grupo.—Allí, allí: mirad donde señalo. —¡Ah, sí! —dijo uno.—Es verdad, allí.—Sí, sí lo veo. —Y yo también.—Y yo.—Todos lo vemos.—¿Qué es?

—¿Qué es?—continuó con voz sonora y conmovida. —¡Aquello es Verona!

—¡Verona! ¡Verona! —exclamaron todos gozosos y palmeando. Propagóse la nueva, y en menos de un minuto el batallón entero estaba allí, con la mirada fija hacia aquel punto, con el brazo extendido hacia aquellas torres, con los labios abiertos pronunciando aquella palabra mágica, mirando allí como se mira... ¿Hale acontecido á usted estar mucho tiempo sin haber visto á su madre? Si ha ido á esperarla á su llegada, de fijo que habrá usted clavado las miradas en el camino por donde había de venir, hasta lo más lejos que le alcanzara la vista, y cuando en lo más remoto de ella sus ojos lograron percibir un punto negro y una blanca nubecilla de humo, y llegaron á sus oídos los roncós sonos de una bocina, ¿qué es lo que sintió usted en lo más íntimo de su corazón? Pues esto que sintió usted es lo que sentíamos nosotros saciando nuestras ardientes miradas en la contemplación de aquellas torres, pronunciando sin cesar aquel nombre querido...

Allí se encontraban reunidos los cuatro batallones del regimiento. De repente se oyó un grito robusto: todos los soldados se incorporaron, y los oficiales dijeron: —¡Á sus puestos!—Formáronse las compañías y guardóse profundo silencio. Un nuevo grito, y los oficiales repitieronlo, diciendo: —¡Armen... bayonetas!—Y los cuatro batallones cumplieron la orden como un hombre solo, y otra vez silencio.—¿Qué pasa? ¿Qué ha sido?—se preguntan todos. Aparece el ayudante del coronel á todo el correr de su caballo, se acerca á nuestro comandante, comunícale una orden en breves palabras y éste grita: —¡Adelante!—El batallón se pone en movimiento, deja á la espalda la cima del monte, y descende por la falda que corresponde á los lugares ocupados por el enemigo. Cuantos se hallan en las últimas filas, y yo entre ellos, estiran el cuello, é inclinan la cabeza á derecha é izquierda para enterarse de la dirección que se lleva; pero no es posible conseguirlo, pues impide la vista la primera compa-

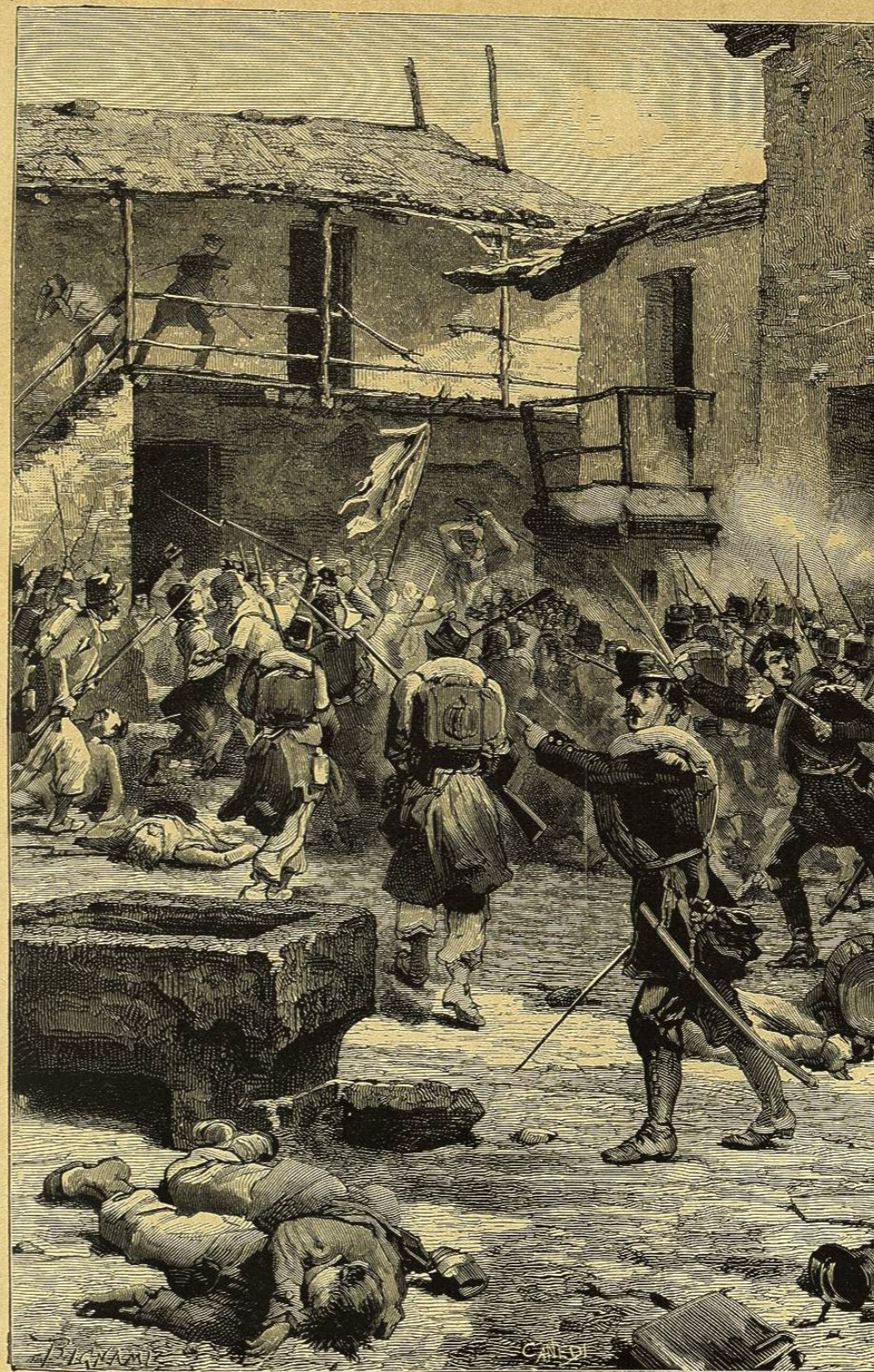
ña. Vuelvo atrás la cabeza, y me cercioro de que los demás batallones nos siguen, bien que á paso lento y á alguna distancia. Llegado á cierto punto y hallándose la última compañía sobre un altonazo del terreno, distingo á lo lejos, en medio de una arboleda, un movimiento singular, un deslumbrante fulgor... Instantáneamente llega á mis oídos una terrible descarga, y en derredor mío, á la derecha, á la izquierda, encima, debajo, por todas partes suenan agudos silbidos, y lamentos desgarradores á cortos pasos de distancia, y distingo á lo lejos una blanca nube de humo, y un grito poderoso que dice: — ¡Á la bayoneta! — Desordenado y confuso, lánzase al ataque el batallón á paso de carga. Otro grito: — ¡Saboya y á ellos! — El batallón prorrumpe en un grito de entusiasmo, y se lanza adelante á todo correr: nada más se ve que humo, otras descargas, nuevos silbidos, adelante, adelante... ¡Alto! La corneta ha tocado *alto*. ¿Dónde estamos? ¿Qué es del enemigo? ¿Qué hacemos? ¡Qué humo! El batallón está completamente desparramado. Allí hay una casa. Parece que están disparándonos desde ella. — ¡Á la bayoneta! — se oye gritar confusamente en medio del rumor producido por las detonaciones. El batallón vuelve á lanzarse á la carrera. ¿A dónde vamos? ¿Por dónde se pasa? No se ve nada. Sí, allí hay una puerta: detrás de ella soldados que hacen fuego con bayoneta calada, un patio, enemigos, una bandera, ¡ánimo! á ellos. En derredor de la bandera una muralla de pechos, erizada de bayonetas inmóviles. Los primeros, sobrecogidos, desfallecen: la furia de los que acometen, se detiene ante los otros firmes como columnas, y aquí empieza una verdadera tempestad de golpes que no se ven, pero que se conciben: las bayonetas chocan y se cruzan produciendo un sonido estridente y desgarrador: crujen los fusiles hechos pedazos: horrendos alaridos apagados por el fragor, y juramentos cortados que aumentan la fuerza de los golpes. Las armas se yerguen, la lucha se generaliza:



La Vida militar.

Y en tanto la casa entera es un verdadero campo de batalla.

ña. Vuelvo atrás la cabeza, y me cercioro de que los demás batallones nos siguen, bien que á paso lento y á alguna distancia. Llegado á cierto punto y hallándose la última compañía sobre un altonazo del terreno, distingo á lo lejos, en medio de una arboleda, un movimiento singular, un deslumbrante fulgor. Instantáneamente llega á mis oídos una terrible descarga, y en derredor mio, á la derecha, á la izquierda, encima, debajo, por todas partes suenan agudos silbidos, y lamentos desgarradores á cortos pasos de distancia, y distingo á lo lejos una blanca nube de humo, y un grito poderoso que dice: — ¡Á la bayoneta! — Desordenado y confuso, lánzase al ataque el batallón á paso de carga. Otro grito: — ¡Saboya y á ellos! — El batallón prorrumpe en un grito de entusiasmo, y se lanza adelante á todo correr: nada más se ve que humo, otras descargas, nuevos silbidos, adelante, adelante... ¡Alto! La corneta ha tocado *alto*. ¿Dónde estamos? ¿Qué es del enemigo? ¿Qué hacemos? ¿Qué humo! El batallón está completamente desparramado. Allí hay una casa: Parece que están disparándonos desde ella. — ¡Á la bayoneta! — se oye gritar confusamente en medio del rumor producido por las detonaciones. El batallón vuelve á lanzarse á la carrera. ¿A dónde vamos? ¿Por dónde se pasa? No se ve nada. Sí, allí hay una puerta: detrás de ella soldados que hacen fuego con bayoneta calada, un patio, enemigos, una bandera, ¡á ellos! En derredor de la bandera una muralla de pechos, erizada de bayonetas inmóviles. Los primeros, sobrecogidos, desfallecen: la furia de los que acometen, se detiene ante los otros firmes como columnas, y aquí empieza una verdadera tempestad de golpes que no se ven, pero que se conciben: las bayonetas chocan y se cruzan produciendo un estruendo estridente y desgarrador: crujen los fusiles hechos pedruzcos: horrendos alaridos apagados por el tragar, y juramentos cortados que aumentan la fuerza de los golpes. Las armas se yerguen, la lucha se generaliza:



La Vida militar.

Y en tanto la casa entera es un verdadero campo de batalla...

Mayo 18/96

júntanse los combatientes; unos y otros se confunden en un solo grupo apretado, revuelto, enmarañado; los soldados empuñan las bayonetas, se agarran por el gáznate, entrecruzan las piernas y los brazos; se cogen, se sueltan, caen, vuelven á levantarse pálidos, jadeantes, rechinando los dientes, descubiertas y sangrando las cabezas: el uno siente sobre el rostro el aliento abrasador del otro; á cada instante palidece un rostro y se inclina hacia atrás una cabeza con las pupilas desmesuradamente dilatadas; el suelo se halla cubierto por los que han caído; el grupo que rodea la bandera se ha formado de nuevo por los que han reemplazado á los primeros; el abanderado ha recibido un bayonetazo en el pecho. — ¡Tú! — grita con voz desmayada; y otro empuña el codiciado trofeo. Y en tanto la casa entera es un verdadero campo de batalla: en todas partes se lucha, doquiera se pelea. Óyense gritos lamentosos que proceden del interior de las habitaciones; los suelos tiemblan bajo el peso de los combatientes; las puertas vuelan hechas astillas á fuerza de culatazos. Los asaltados corren desesperadamente de un lugar á otro; se hacen fuertes en las chimeneas, abroquélanse detrás de los muebles, junto á los quicios de las puertas: los que atacan se precipitan aullando, se desparraman, buscan, hurgan, los descubren, los echan de sus escondrijos, los hostigan regando de sangre escaleras y pavimentos: los vencidos no se rinden; los prisioneros se revuelven, escapan, se arrojan por las ventanas y se precipitan en el patio, ó acribillados á bayonetazos por la espalda, quedan á horcajadas en los antepechos: otros buscan la salvación en los tejados; otros malamente heridos y vertiendo sangre en abundancia, procuran huir de la refriega, arrastrándose como pueden. Los defensores de la bandera se hallan reducidos al último extremo. — ¡Rendíos! — les gritan los nuestros. — ¡Nunca! ¡Nunca! ¡La muerte antes! — contestan ellos con voz apagada. De pronto retumba la casa en fuerza de un grito tremendo, y

en el mismo instante un soldado cubierto de heridas y de sangre, alta la frente, animado el rostro, se lanza fuera de la refriega, llevando en la mano la bandera codiciada.—¡Vivaa! —gritan cien voces desde todos los ángulos de la casa. Se oye un toque de corneta.—¿Eh? ¿Qué es? ¿Retirada? ¿Retirada? ¿Por qué? ¡Imposible! ¡Silencio! —Otro toque de corneta y un grito poderoso del comandante:—¡Retirada! —¿Retirarnos? ¿Nosotros? ¿Ahora? ¿Por qué? ¡Es una equivocación! ¡Imposible!

Nos hallamos fuera de la casa: el comandante indica la dirección que debemos tomar; los demás batallones están ya en movimiento.—¡De manera que es cierto! ¡Retiramos! Capitán, mi capitán, ¿por qué retiramos?—El capitán, sin pronunciar palabra, se vuelve del lado del enemigo, y extendiendo el brazo hacia la llanura hace ademán de señalar algo... Miro. Era una división enemiga que avanzaba por nuestra espalda, perdiéndose á lo lejos entre el verdor de la campiña.

—¿Pero y los demás cuerpos, las otras divisiones, dónde están? ¿qué hacen? ¿por qué no vienen?

—¡Psche!—contestó el capitán encogiéndose de hombros.

—¡De manera que hemos perdido!—grité yo con acento desesperado.

—Así parece.

Miré á mis soldados, miré también la columna enemiga, miré á Villafranca, miré aquella magnífica llanura lombarda, aquel cielo hermoso, aquellos montes bellísimos.—¡Pobre patria mía!—dije dejando caer el sable... y me eché á llorar lo mismo que un niño.

La señorita apoyó pensativa la cabeza en la palma de la mano.

EL CENTINELA

ERA una de las últimas noches de Enero; nevaba. Las calles y las plazas de la ciudad, los antepechos y los miradores de las casas, los árboles de los jardines, todo estaba cubierto, sobrecargado, como envuelto en un blanco sudario: los copos, densos y espesos, caían lentamente, y en cuanto se imprimía una huella sobre la nevada acera, á lo largo de las paredes, desaparecía inmediatamente sin que de la misma quedara la señal más insignificante. Los faroles existentes en los ángulos de las calles despedían una luz velada y melancólica; desde las encrucijadas, fuera la que se quisiera la dirección hacia la cual se convirtiera la mirada, no se veía alma viviente; el silencio era tan profundo, que, si vale decirlo así, habríase oído caer la nieve.

Era una de aquellas noches en las cuales el que por su desgracia se halla fuera de su casa apresúrase á volver á ella; se desliza á lo largo de los edificios con paso rápido y silencioso, como furtivo fantasma, con los ojos clavados en el suelo para evitar los lodazales; con el sombrero calado hasta las cejas, la cabeza metida entre los hombros, el cuello del gabán levantado hasta las orejas, las manos metidas en las bocamangas, encogido y acurrucado; penetra agachado en la entrada de su casa, sube la escalera pisando fuerte para